

El mundo político de Dante

por

Genaro Godoy

El 4 de abril de 1292 moría en Roma el papa Nicolás IV, y el cónclave que siguió a su muerte, estuvo reunido por largos meses sin llegar a un acuerdo. Pasó así lo que quedaba de 1292 y se llegó al verano de 1293 con la Sede aún vacante. Se suspendió el cónclave, y los cardenales, entonces solamente doce, se dispersaron. En octubre del 93 volvieron a reunirse, ahora en Perugia; pero pasó todo el invierno y llegó de nuevo el verano, el de 1294, sin que se produjera acuerdo.

Alguien recordó entonces la profecía de un ermitaño de Abruzzo, reputado santo, que amenazaba con la cólera de Dios, si el Sacro Colegio no elegía un Papa antes del día de Todos los Santos de ese año.

Resultado de la profecía fue algo que el santo varón nunca se había imaginado ciertamente: el 5 de julio de 1294 los cardenales lo eligieron Papa a él. Aceptó y tomó el nombre de Celestino V.

Pier da Morrone, que así se llamaba el ermitaño antes de ser elegido Papa, era un humilde descendiente de una modestísima familia de campesinos, pero gozaba de gran fama de santidad entre el pueblo y los reformistas más exaltados.

El 29 de agosto de 1294, en la ciudad de Aquila, frente a la iglesia de Santa María de Collemaggio, cuya construcción él mismo había iniciado, Celestino V era coronado con gran concurso de fieles.

Los primeros actos del nuevo pontífice no fueron estrictamente prudentes. Creó doce nuevos cardenales, siete de los cuales fueron franceses y tres napolitanos. Dado que ya había dos purpurados franceses, y los napolitanos estaban bajo la férula de la monarquía francesa de los Anjou, amos de Nápoles, la antigua mayoría italiana, dividida para colmo de males en las dos facciones rivales de los Orsini y los Colonna, venía a desaparecer.

Pero no fue éste el mal mayor, o el único. Celestino v era seguramente un santo varón, pero era también un hombre demasiado simple y crédulo, de ninguna manera apropiado para un cargo tan grande en un momento tan difícil. Luego se arrepintió de haber aceptado, y entonces pensó, o alguien le hizo pensar —que la cosa no es segura— que era mejor renunciar a su investidura. Era algo que nadie había osado hacer antes, pero no hay nada a que no se atrevan los tímidos, y Celestino renunció,

... *fecit per viltate il gran rifiuto*¹.

El cardenal Venedetto Caetani, en un cónclave rapidísimo esta vez, fue elegido papa, tomando el nombre de Bonifacio VIII, que Dante se encargaría de inmortalizar, a su manera.

El ex Celestino v pensó en poner toda el agua del Adriático entre él y el nuevo papa, pero éste alargó su ahora poderosísima mano, lo cogió y lo encerró en la Torre Fumone, cerca de Alatri, allá donde los Caetani tenían sus tierras, para vigilarlo mejor. El pobre anciano moriría en su cautiverio el 19 de mayo de 1296.

Bonifacio VIII era un hombre imponente en todo el sentido de la palabra. De elevada estatura, apuesto y gallardo, muy pagado de sí mismo y de su familia, que decía descender de los antiguos duques de Gaeta, muy consciente de la alta dignidad de su cargo, con una maciza cultura jurídica en *utroque iure*, gran amigo del lujo y muy poco de guardar a los demás las debidas consideraciones.

¹ "... hizo por cobardía el gran rechazo". Inf., III, 59.

Y comenzó por la coronación. Nada de hacerse coronar en provincia. El se haría coronar en San Pedro de Roma. Y así fue. La coronación se celebró con gran pompa, en presencia de dos reyes, el de Nápoles y el de Hungría, el 23 de enero de 1295. Así se iniciaba un pontificado que prometía ser glorioso.

Con uno de estos reyes, Carlos de Anjou, rey de Nápoles, concertará su acción, Bonifacio, para hacerle recuperar el reino de Sicilia. Para conseguirlo era menester que renunciaran los otros dos pretendientes: Don Jaime de Aragón y Federico II. A Jaime le prometieron Cerdeña y Córcega, y don Jaime aceptó. Federico no quiso aceptar arreglos y Bonifacio lo excomulgó. Era el arma que había usado con cierto éxito Gregorio VII, pero que ahora no fue suficiente, y hubo de recurrirse a la guerra. A fines de 1299, después de alternas vicisitudes, distaba mucho de ser una victoria del papa y sus amigos.

Roma, mientras tanto, se había mantenido tranquila. Igual cosa habría sucedido en las ciudades de los estados pontificios; pero después Bonifacio se había inmiscuido en las querellas internas de la familia Colonna, abriendo por allí la puerta para que penetraran los primeros soplos del vendaval que lo destruiría algunos años después.

Pero antes de ésa, el papa hizo estallar en Florencia otra tormenta, cuyas nubes se venían acumulando desde muchísimo tiempo antes, y que arrastró a Dante a su ruina como político circunstancial.

Ya desde mediados del *Dugento*, la Toscana en general, y Florencia muy en particular, se habían convertido en el principal objetivo de la codicia de pontífices y señores, de Güelfos y Gibelinos.

Florencia había llegado a ser una ciudad rica, una verdadera potencia en el campo de la industria, el comercio y la banca, cuyos artesanos elaboraban piezas maravillosas en paños y joyerías, mientras sus gobernantes trataban desesperadamente de salvar la independencia de la ciudad.

Es esa una empresa difícil, porque Florencia, tras su fachada de

ciudad en auge y desarrollo, es una ciudad atormentada por la desunión. Las causas de su división son las mismas de su creciente grandeza. Las fuerzas que la sustentan se contradicen y anhelan destruirse recíprocamente.

Casi toda la Italia de entonces está dividida por una contienda de ajenos orígenes trasplantada a suelo italiano, que envenena y perturba todas las relaciones sociales y que frecuentemente se hace sanguinaria y cruel en sus manifestaciones, la lucha facciosa entre güelfos y gibelinos.

Florenia conocerá un matiz particular de la contienda. Dado que las fuerzas que luchan dentro de ella son tres: el *popolo minuto*, el *popolo grasso* y lo que queda de los antiguos señores feudales, sus partidos serán también tres: los güelfos negros, los blancos y los gibelinos.

Todos hablan de defender la libertad, pero unos quieren hacerlo bajo los auspicios del Papado, que en tiempos no muy lejanos ha sido un contendor eficaz y hasta temible del Emperador —y éstos son los güelfos— mientras los gibelinos aspiran a un poder político y unitario, ejercido desde lejos por los emperadores germánicos.

En esta lejanía, está el secreto del débil encanto que ejerce el Emperador. Lo quieren para que otorgue las investiduras y siga preocupado de mantener el equilibrio de su trono asediado por tantas ambiciones, sin intervenir, más que muy de tarde en tarde, en los asuntos de Italia.

El origen social de ambas facciones se revela fácilmente. Los antiguos señores feudales —o lo que aún sobrevive de su casta— con antiguos apellidos, todavía con bastante dinero, que les viene de sus tierras del condado, algo incrédulos en materia de religión y artículo de fe, son gibelinos. Son la nobleza de espada, la *gente antica*.

El Papa, en cambio, encuentra con mayor facilidad sus partidarios entre la *gente nuova*, entre los creadores y sostenedores de la Comuna libre y antiseñorial, que ven en los señores y en el Emperador a los peores enemigos de su recién adquirida libertad, y en

el Papa a la única garantía de su independencia, prenda más o menos segura de una vida política digna y libre, y cuya amistad es el mejor viático para el más allá.

En el mundo político de la época siguen circulando, como si fueran entes vivos, varios fantasmas: Roma, Gregorio VII, y su querrela, la suprema dignidad del Emperador.

La idea de Roma obsesiona los sueños de Dante y de los grandes ingenios de la época:

*Quella Roma onde Cristo é Romano*²

y cuya reviviscencia, creen ellos, daría paz y tranquilidad al mundo como en los tiempos de Octaviano, y restauraría las fortunas de la pobre Italia, convertida en un burdel, de señora de provincias que era:

*Nave zansa nochiero in gran tempesta,
Non donna di province, ma bordello*³.

La Roma de fines de la Edad Media se parece a la *caña rota* del profeta; "que horada la mano de quien se apoya". En ella las luchas por principios políticos rectores han descendido al nivel de riñas de barrio, de refriegas entre foragidos que ostentan título de príncipe; poblada por gente de cortos alcances materiales o espirituales, explotadora hasta el saqueo de romeros y peregrinos; donde el Foro y el Palatino, en que "erraron ya sombras de alto ejemplo", son ahora campo de pastoreo de vacas y ovejas.

La Edad Media se está muriendo; aunque, como suele suceder en semejantes casos, no sean muchos los que lo adviertan. El Re-

²"esa Roma que hace ser a Cristo romano", Purg., xxxii, 102.

³"nave sin timonel en gran tormenta,
burdel, y no señora de provincias".

Purg., vi, 78 y s.

nacimiento se avecina, pero Roma nada puede hacer por apresurar los tiempos de la historia.

Florenia será, si no la nueva Roma, la Atenas de la nueva edad. A sus arcas está afluyendo el oro de Europa. La moneda, la gran enferma desde la crisis del siglo III, ha sanado. El trabajo y la maravillosa habilidad de los artífices florentinos han dado un dorado fruto, el florín, una de las monedas mejor cotizadas de la época, premiada en todos los mercados, que se acuña en Florenia desde 1252.

La riqueza de Florenia no era un hecho repentino. Venía desde lejos. Habían sido los hombres de sus campos los primeros en enriquecerse gracias a la venta de sus bellos animales y del grano producto de sus campos bien cuidados. Sin embargo, no era Florenia, ni tampoco los florentinos, la única artífice de su riqueza. Las plebes, los siervos de la gleba, que con vigoroso movimiento se habían emancipado a fines de la Edad Media rompiendo los vínculos del feudalismo, habían contribuido poderosamente a robustecer este proceso de ampliación y desarrollo de la economía florentina.

El movimiento emancipador había comenzado con los albores del siglo XIII. En 1205, la ciudad de Pistoia, en las inmediaciones de Florenia, en 1256, Boloña, al norte del Apenino, dominando la fértil campiña emiliana, y Florenia en 1279, habían expugnado los castillos, desalojado a los magnates y liberado a los siervos, declarando su condición de hombres libres, a quienes todo está permitido, salvo volver a vender su libertad al antiguo señor.

Esto había sido la muerte definitiva del poderío feudal. Había perdido los brazos que hacían producir la tierra para el señor, y las espadas que defendían el fruto de ese trabajo. Este fue el primer beneficio que trajo consigo la destrucción del poderío feudal, pero no fue el único. Los terratenientes, que ya no dispusieron del trabajo servil para cultivar sus tierras, si querían seguir sacándoles algún provecho, habían de aceptar por medieros a los anti-

guos siervos, cosa que llevaría con el tiempo a una redistribución de la propiedad agraria, pero que produciría inmediatamente un enriquecimiento notable del campesinado. El siervo liberado, ahorrador y parsimonioso en sus gastos, fue comprando las tierras que cultivaba y que ahora había aprendido a amar. Así nacieron esas hermosas quintas y granjas de mediana extensión que tanto contribuyen hoy a la belleza de la tierra toscana.

Los *popolani* fueron los nuevos amos del condado y los señores tomaron el camino de la ciudad, ya que la Comuna no quiso seguir permitiéndoles residir en la antigua mansión feudal. Los florentinos habían terminado con la guerra civil en los campos, pero ahora la transportaban dentro de las fronteras de la ciudad.

Los magnates feudales, en los tiempos en que vivían dispersos por los castillos de la Toscana, no se habían distinguido ciertamente por albergar recíprocos sentimientos de solidaridad o de caridad cristiana. Ahora, condenados al domicilio coacto de la ciudad, no comenzaron a amarse los unos a los otros, pero comprendieron que la solidaridad y la *consorteria*⁴ eran la única defensa posible de los privilegios que todavía les pertenecían.

El castillo de la campiña conoció una nueva edición ciudadana, perfeccionada y enriquecida, como correspondía a una edad más rica y refinada, coronado por torres altísimas desde donde se podían vigilar todos los movimientos de una ciudad hostil. Cada palacio fue una fortaleza construida para una guerra civil permanente, con sus bastiones constituidos por las casas de los otros miembros de la facción, apegadas las unas a las otras hasta que ambos lados de la calle fueron como una provincia dentro de la ciudad, armada para el ataque y para la defensa.

Las vecindades indeseables eran mantenidas a distancia de ese

⁴La *consorteria* fue precisamente la forma facciosa de asociación que tomaron las relaciones entre los señores que se consideraban vinculados entre sí por lazos de parentela más o menos cercanos.

modo. Los antiguos señores odiaban a ese pueblo de mercaderes y artesanos que los había obligado a abandonar su castillo natal para vivir dentro de una ciudad que detestaban. Se aislaron, pues, de los burgueses encerrándose tras las paredes de piedra de sus nuevas moradas, vigilando desde sus altísimas torres, tratando de mantener con este rencoroso aislamiento un signo que delatara la vitalidad de una clase, que, en realidad, se encaminaba mal de su grado hacia un eclipse definitivo.

Dante, que consideraba las cosas de su ciudad exclusivamente desde el punto de vista de un patriota amante de la concordia y de las buenas relaciones entre sus conciudadanos, no lograba comprender la razón de esa inestabilidad política que atormentaba a Florencia, del odio recíproco, del afán de guerra inextinguible que incendiaba las ciudades y muy particularmente su amada Florencia.

*e ora in te non stanno sanza guerra
li vivi toui, e l'un l'altro si rode
di quei che un muro ed una fossa serra*⁵.

La destrucción de las rocas del feudalismo en la campiña y la obligación impuesta a los nobles de vivir dentro y no fuera de la ciudad, para poder vigilarlos mejor, había sido la causa de esta situación de continua tensión entre todos los bandos. La guerra contra un enemigo traía por algún tiempo la paz dentro de las ciudades; pero apenas pasaba el peligro, volvía a encenderse el odio entre nobles y plebeyos, entre *gente antica* y *gente nuova*, de acá o de más allá del río, entre este güelfo y aquel gibelino. Porque la causa o el lugar de origen de la contienda no tiene importancia. Los italianos de esta época pueden disputarse por cualquier cosa,

⁵“dentro de ti no viven ya sin guerra
los hijos tuyos, y entre sí se roen
aquellos que un muro y un solo foso encierra”.

Purg., vi, 82 y ss.

por un hito o un cerco mal puesto, por cuestión de amores bien o mal correspondidos, por un saludo o una reverencia mal hecha, por un puesto de honor en una procesión que alguien considera que le es debido y se le ha negado, en fin, por lo que sea no parece tener mayor importancia, la guerra o la riña será entre güelfos y gibelinos.

Sin embargo, Dante había individualizado bien la causa principal de todos estos achaques en la avaricia, en el deseo desenfrenado de riquezas:

*Ed una lupa, che di tutte brame
sembiava carca nella sua magrezza . . .*⁶

Por eso la imagen que Dante nos da de Florencia no es la de una ciudad brillante que asciende y se engrandece, sino la de una que declina, empujada hacia allí donde el sol cae, como él dice de la loba que lo atacó al pie de la ladera. Dante advierte muy bien el proceso de enriquecimiento de su ciudad, pero lo denuncia como inmoral. Dante no parece haber sido sensible a los valores económicos de la vida, y mucho menos a la dinámica del enriquecimiento.

La realidad de la expansión económica florentina era evidente, pero Dante vio en ella la fuente de las discordias, la causa de las interminables querellas intestinas que ensangrentaban las calles, y, más que nada, la semilla malvada de una decadencia moral segura.

Aunque nunca parece haberlo recomendado expresamente, es posible pensar que Dante creía que cada uno debía contentarse con lo que poseía. Es seguro, de todos modos, que los procedimientos inherentes al enriquecimiento no tenían sus simpatías.

Nada en el proceso económico contemporáneo se salva de la

“y una loba que de todas las ansias
cargada parecía en su flacura”.

Inf., I, 49.

iracundia dantesca, ni siquiera esa maravillosa moneda florentina, la expresión toscana del saneamiento general que se opera en Europa a fines de la Edad Media, y que es una maravilla por donde se la mire.

Para Dante es sólo

... *il maledetto fiore*
c'ha disviate le pecore e li agni
peró che fatto ha lupo del pastore⁷.

El equilibrio social y político interno de Florencia se ha venido modificando lentamente pero en forma progresiva, en perjuicio de las antiguas familias. Algunas de ellas han desaparecido o están en vías de hacerlo, generalmente por empobrecimiento. Los registros de hipotecas hablan claro en ese sentido.

Pero si la nobleza pierde a algunos de sus elementos por un lado, gana también otros nuevos, que al penetrar en la casta tratan de mimetizarse y de incorporarse a ella con la mayor rapidez y sin hacerse notar.

Y que el fenómeno distaba mucho de ser un aspecto inadvertido de la transformación social lo demostró Carlos de Anjou cuando entró en Florencia después de Benevento y la derrota de Manfredi. El Conde de Provenza hizo una gran hornada de nobles entre los ricos burgueses para reforzar la aristocracia güelfa, sobre la que esperaba apoyarse Urbano IV, el papa francés.

Desde el año 1100, en adelante, hay ya buenos documentos acerca de las familias mayores, las *schiatte maggiori*, que serán las dueñas de Italia durante la última parte de la Edad Media y el primer Renacimiento.

"..... esa maldita flor
 que ha pervertido ovejas y pastores
 porque ha hecho un lobo del pastor".

Part., IX, 130 y ss.

Es difícil definir con exactitud y propiedad la figura del noble. Si por ser rico y poderoso, y por gracia de un papel firmado por un hombre de sangre real que se digna tocar con su espada el hombro de un rico mercader genuflexo ante él, este mercader o banquero o fabricante de paños, sin antepasados, sin lustre y hasta sin elegancia se convierte en noble, quiere decir que el hecho de serlo ya no es asunto de linaje ni de sangre; y que la tierra, el dinero, la influencia y el poder económico y político de que un hombre dispone son mucho más efectivos para ennoblecerlo.

Esta nueva clase fluctuante e imprecisa en la cantidad y calidad de sus miembros, a pesar de tratarse de un grupo cerrado, o que aspira a encerrarse en sí misma, es difícil de definir jurídicamente, y tampoco se puede confundir con lo que hoy llamamos comúnmente burguesía. Al noble de esta época lo podemos definir por uno de sus aspectos negativos, por la sensación temerosa que produce a su alrededor de ser un potencial enemigo del orden que la colectividad juzga indispensable para subsistir.

La vida de esta nobleza nueva es bastante difícil en la ciudad. Los viejos nobles, la *gente antigua*, los desprecian y el *popolo minuto* desconfía de ellos. Demasiadas veces los han visto bajar a la calle con ellos para alborotar y hacer tumulto, quedándose después con los frutos de la victoria. Así, cuando no sean los reyes o los emperadores quienes los ennoblezcan, será el mismo pueblo a veces el que lo haga, como para marcarlos y obligarlos a definirse.

También el noble antiguo, o el mismo antiguo ciudadano sin pretensiones de nobleza, se ve obligado a acentuar los rasgos que lo distinguen del advenedizo, refinando sus costumbres, cultivando sus tradiciones, ya sean éstas auténticas o inventadas, y muy especialmente, definiendo su actitud política.

Una ley florentina lo decía claramente: "Para que no haya dudas acerca de la calidad de nobles, poderosos o magnates, se entenderán por tales todos aquellos en cuya familia exista o haya existido en los últimos veinte años un caballero; o bien aquellos que la

opinión general considera poderosos, nobles o magnates". Y Lu-chaire termina la cita acotando: "Caballería, cuestión de títulos y de costumbres; opinión general: asunto político"⁸.

Una parte de este patriciado nuevo, los más ricos e influyentes, se han identificado con el gobierno de la ciudad, cosa que les confiere una amplitud e importancia todavía mayor, pues la industria local necesita que reine el orden, y el comercio internacional necesita poder transitar sin trabas ni peligros, sin aduanas y sin bandidos. Satisfechas estas condiciones, las posibilidades de enriquecimiento son prácticamente ilimitadas.

El magnate florentino es, por lo general, también un rico propietario rural; o partió en su carrera hacia el enriquecimiento desde la posesión de una importante finca rústica.

Las familias importantes de la ciudad, y esto sigue siendo verdad aún hoy entre la gente modesta de la Italia actual, poseen tierras en la campiña de los alrededores. En la Italia medieval, ciudad y campiña constituyen una unidad continua que no conoce interrupciones, y ambas se compenetrán de tal modo que no se puede decir que haya completa separación entre la ciudad y el campo. Esto se refleja también en la composición de la propiedad que consiste siempre en una o más posesiones rurales y en una vistosa mansión ciudadana, la cual es indispensable para que se pueda hablar de una gran propiedad.

Pero el proceso conoce una segunda fase, cuando la nueva riqueza revierte sobre la campiña, y las nuevas grandes familias, que con su participación en las industrias ciudadanas o en los comercios internacionales se han enriquecido, compran nuevas tierras o nuevas propiedades urbanas. No podemos hablar, sin embargo, de una simple inversión de capitales, porque la compra de nuevas propiedades se hace principalmente por el prestigio que de ello deriva. Es un fenómeno que arranca desde la mitad del siglo XIII.

⁸JULIEN LUCHAIRE, *Les démocraties italiennes*, Paris, Flammarion, 1915. P. 75.

Este siglo en su última fase, y el siguiente en la primera, conocen una verdadera explosión demográfica, del mismo tipo de aquella de que hoy tanto se habla, con un gran crecimiento de las ciudades y una renovación de las clases sociales. El canto xv del *Paraiso* es muy claro en ese sentido.

El abuelo de Dante, con quien éste se encuentra, no sabe decir mucho acerca de sus antepasados, y el hecho es sintomático en alguien que se enorgullece de su condición de florentino de auténtica cepa. Sin embargo, si la información como tal es escasa, las quejas acerca de la decadencia de las antiguas tradiciones y la prepotencia de los advenedizos, y de las estrechas relaciones existentes entre los nuevos nobles y la Iglesia, son abundantísimas, y constituyen también información.

La antigua Florencia, al decir de Cacciaguida, era una ciudad austera, pequeña y pacífica. Después, los nuevos florentinos engordaron, y su flojera, mezclada con una buena dosis de ingratitud y soberbia, han traído las cosas al estado que se lamenta. El vestuario, los cosméticos y las alhajas han realzado la figura de una nueva mujer florentina cargada de brazaletes y diademas, calzada con lujo y ostentación de cueros repujados y dorados, llevando alrededor del talle una enorme cintura que se destaca más que la persona que la lleva.

Las nuevas casas florentinas, aunque enormes, están vacías, que el matrimonio no sirve a procrear hijos sino a dar desahogo a una lujuria digna de Sardanapalo:

*e non v'iera giunto ancor Sardanapalo
a mostrar ciò che n'camera si pote^o.*

Las mujeres antiguas casaban a su debido tiempo, y las dotes no eran como para llevarse de una vez toda la fortuna de la casa.

*"y no había llegado aún Sardanapalo
a mostrar cuanto se puede en el lecho".

Part., xv, 107 y s.

Y Dante se da aquí la mano con los cronistas de su tiempo, Dino Compagni, Villani y otros¹⁰, quienes afinman que las muchachas de ese tiempo solían ser desposadas a los diez años, aportando en dote cuatrocientos y más florines de una vez, sumas enormes, que no pueden ganarse en tan poco tiempo más que con la usura, el fraude o las malas adquisiciones.

*Non faceva nascendo ancor paura
la figlia al padre: ché 'l tempo e la dote
non fuggien quinci e quindi la misura*¹¹.

Dante, que al hablar así no está haciendo historia, aunque lo parezca, sino únicamente crítica moral, saca de los hechos, que por las otras pruebas que poseemos, podemos reputar ciertos, consecuencias y desarrollos propias de un predicador moral. Nosotros sacamos otra conclusión, de orden económico y social: la Florencia de la época de Dante está creciendo, la constitución de su sociedad y las costumbres de ésta se hallan sometidas a sollicitaciones que las transformarán profundamente.

Nosotros no tenemos porqué escandalizarnos de aquello que tanto chocaba a Dante. Era natural que la gente emprendedora del condado llegara a Florencia desde los campos para tomar domicilio estable en la ciudad y participar en el auge de ésta; y que Florencia creciera y cambiara. Los nuevos florentinos no eran seguramente proletarios, o, por lo menos, no lo eran en su mayor parte.

¹⁰DINO COMPAGNI, GIOVANNI VILLANI —tal vez el mejor de todos— y otros, son los incomparables cronistas que nos dan un cuadro verídico y completo de la vida florentina del Trecento. Los citamos aquí por única vez, pero todo aquel que haya escrito algo, aunque sea muy poco, acerca de la Florencia de los tiempos de Dante, les es deudor de casi todas sus mejores informaciones.

¹¹“y con sólo nacer no daba miedo la hija a su padre, y nunca se apartaban de la medida la dote ni la edad”.

Part., xv, 103 y ss.

Tampoco podían haber sido siervos fugitivos que llegaran a la gran ciudad, en busca de un escondite apropiado, para ocultarse a la búsqueda de sus amos. Florencia, en primer lugar, no era la gran urbe propicia para jugar al escondite, y, en segundo, sus leyes y costumbres no eran de ninguna manera apropiadas para alguien que tuviera necesidad urgente de obtener domicilio y ciudadanía.

La ciudad medieval es una ciudad de privilegiados, en medida mucho mayor de cuanto lo había sido la ciudad griega, por ejemplo, del siglo v. En la *polis* antigua el campesino, por muy diferente que sea del ciudadano o del hombre de mar en su manera de vivir o de vestir, es tan ciudadano como ellos. La ciudadanía no es un derecho de clase ni está vinculada a una parte determinada del territorio.

El régimen de Florencia era particularmente incisivo en su dureza y exclusivismo. Allí se necesitaban diez años de residencia comprobada en la ciudad, y sin que durante todo ese largo número de años hubiese alguna reclamación que afectara al siervo fugitivo, para que éste pudiese adquirir tan apreciado privilegio. Existía, además, un verdadero acuerdo multilateral entre los señores feudales y las ciudades de la Toscana para permitir la extradición de los siervos fugitivos. La población, entonces, que había acudido a Florencia antes de la época de Dante había sido de gente libre, y además acomodada, que venía a la ciudad en auge para participar de las ventajas del desarrollo y adquirir mayor figuración social. Los documentos notariales son preciosos para documentar esta migración y demuestran que son los ricos quienes abandonan el campo para irse a la ciudad, y que en los campos se quedan las familias pobres.

Estos nuevos ciudadanos, y ésa es la intención con que han llegado, vienen a ejercer las actividades económicas propias de la ciudad, pero sin abandonar por eso el dominio de sus tierras, de las que siguen sacando todo lo esencial para su mantenimiento: aceite, trigo, vino, carbón, etc. Esas son las dos fuentes del patriciado flo-

rentino: las familias feudales obligadas a establecerse en la ciudad, y las familias rurales acomodadas.

Así llegaron a Florencia los Cerchi y antes de la tercera generación ya se habían identificado con la gente más principal. Y tanto se identificaron con esta gente que, si no fuera por Dante que lo hace decir por boca de su abuelo Cacciaguیدا, nosotros nada sabríamos:

*¡Tal fatto é fiorentino e cambia e merca
che si sarebbe volto a Simifonti,
la dove andava l'avolo alla cerca;
sarieno i Cerchi nel piovier d'Acone
e forse in Valdigrieve i Buondelmonti!*¹².

Aquí Dante confunde algo las cosas; porque los Buondelmonti no habían ido a vivir dentro de Florencia de buen grado. En 1135 habían sido despojados de su castillo y obligados a trasladarse desde el valle del río Greve, afluente de la orilla izquierda del Arno a Florencia, donde uno de ellos sería la víctima de un señalado y trágico hecho de sangre.

Sin embargo, la primera alusión a aquellos cuyo abuelo *andava alla cerca* parece ser sangrienta en su ironía. Según ella los antepasados de los ilustres florentinos contemporáneos de Dante se habían venido a la ciudad para servir en ella como vulgares hombres de policía, como rondines. Con tan excelente motivo se habían hecho ciudadanos y sus descendientes ahora eran gente de calidad.

Los Cerchi habían vivido siempre en el valle del río Sieve, en la parroquia de Acone, un caserío modesto. De ese campanario ha-

¹²Se ha hecho florecimiento y cambia y merca
quien ya se habría vuelto a Simifonti,
donde andaba su abuelo con los guardias
estarían los Cerchi en el caserío de Acone,
y en Valdigrieve aún los Buondelmonti.

Par., xvi, 61 y ss.

bían emprendido el vuelo hacia Florencia con tanta fortuna, que en 1230 ya estaban en condiciones de comprar todas las posesiones de la familia Guidi, una ilustre y rancia familia florentina empobrecida no sabemos por cuales avatares de la fortuna. Y los bienes de la familia consistían en un barrio entero, Sesto San Piero, con todo lo que el barrio contenía: palacios, casas, plazas, patios, tiendas de artesanos. En 1300 eran los caudillos del partido blanco, pero seguían siendo groseros, toscos y mal educados, de manera que sus vecinos y enemigos mortales, los Donati, tenían mucho mejor aceptación en la ciudad. No era tampoco un barrio de extramuros o de arrabal, porque Cacciaguیدا, se alaba de haber nacido precisamente allí donde comenzaba Sesto San Piero,

... *l'ultimo sesto*
*da quei che corre il vostro annüal gioco*¹⁸.

Es decir, el mismo centro de la Florencia antigua.

No podría afirmar ni negar que hay más ejemplos de fortuna tan rápida y tan grande, pero si no todos llegaron a comprarse un barrio, muchos, o ellos o sus familias, llegaron a ser dueños de calles enteras, como lo atestiguan los nombres que todavía quedan.

También esto consta en los escritos de los cronistas florentinos contemporáneos. Villani dice que muchas familias florentinas que pasaban por ser patricias, eran gente llegada de reciente a la ciudad. Los Rossi no pertenecían a ninguna antigua familia: los Frescobaldi, los Bardi, los Mozzi eran gente que había subido desde orígenes harto modestos; los Cavalcanti —la familia amiga de Dante— hacía poco tiempo que habían abandonado sus tiendas de comerciantes.

¹⁸. el último barrio
 de los que corre vuestro juego anual.

Part., xvi, 41 y s.

Aquí vemos los nombres de ilustres familias de reciente ascensión, lo que equivale al testimonio de la decadencia de otras familias más antiguas, o en cuya antigüedad se creía comúnmente.

Dante no recuerda, como si para él fueran *sanza infamia e sanza lode*, a los Bardi, que forman una de las más conocidas entre los ilustres familias de banqueros florentinos. Eran oriundos de Ruballa en el territorio de Antella. Ya a fines del siglo x estaban domiciliados en Florencia, y comenzaron a hacerse de casas en aquella calle del otro lado del Arno que todavía se llama "de los Bardi". Seguramente, al igual que otros, no eran pobres cuando llegaron, o la suerte les debe haber sido rápidamente propicia, porque en 1112 uno de ellos dejaba a su muerte un gran legado de tierras y propiedades a la antigua catedral de Santa Reparata.

La importancia política de la familia creció con el mismo ritmo que su fortuna pecuniaria. Cuando se instituyó en 1282 el Priorado de las Artes, Bártolo Bardi, hijo de maese Jácopo, fue el primer ciudadano florentino que cubrió tan honroso cargo. Cuando en 1343, la furia del pueblo florentino desbarate con la violencia el último intento de los magnates de adueñarse del destino de la ciudad, esta furia se manifestará precisamente en un furibundo asalto a la mansión de los Bardi. Ya en 1341 la Señoría los había obligado a vender a la Comuna los castillos que habían adquirido en el condado, rehaciendo en sentido contrario el camino de los antiguos señores feudales.

En 1345 la formidable sociedad bancaria de los Bardi se hundía en la quiebra más estruendosa de la época, arrastrando en su ruina a la ciudad de Florencia. Los Bardi habían financiado los gastos de las primeras dos campañas de la guerra de Cien Años.

La política financiera que se había practicado en Florencia había sido muy peligrosa y allí estaban ahora sus frutos. La Comuna no administraba sus propios fondos y feudos, invirtiéndolos en operaciones muy arriesgadas por carecer de una garantía adecuada. En efecto, no se puede decir que recibir en prenda la co-

rona real de Inglaterra o de Francia fuera una adecuada garantía. Como, en realidad, no lo fue.

Los banqueros florentinos, administradores de los fondos de la Comuna, habían prestado dineros públicos y privados, los impuestos cobrados *per capita* y por renta presunta, como diríamos hoy, amén de los depósitos privados.

Los impuestos eran pesados y engendraban muchas protestas, pero las mayores se debían no tanto al peso de los tributos, sino al hecho de que los mismos que los imponían eran los primeros en dispensarse de pagarlos.

Hay un hecho, no obstante, del cual habíamos partido y al cual debemos volver para comprender la razón dinámica de los problemas políticos y sociales en que se ve envuelta la Florencia de los tiempos de Dante, el aumento de su población. De aquí se originan varios problemas: el problema de la subsistencia, el del alojamiento, y el crecimiento de una población artesana, la futura masa de maniobra en la lucha entre nobles y burgueses industriales y comerciantes.

Los florentinos de la época no sabían mucho acerca de la historia antigua de su ciudad. Decían que las primeras murallas de circunvalación habían sido la obra de Carlomagno, el emperador que había otorgado a la ciudad su libertad y privilegios comunales. Pura leyenda. Nada de esto consta en parte alguna.

En 1173 comenzaron a construir los florentinos una segunda muralla, que encerraba una superficie diez veces mayor que la primera.

Villani dice que en sus tiempos —los mismos de Dante— Florencia contaba con más de 30 mil personas; habrán sido, por consiguiente, unos seis mil los florentinos de los tiempos de Cacciaguida, en los primeros años del siglo XIII. El cálculo es del mismo Dante, aunque lo ponga en boca de su abuelo:

Tutti color ch'da qu'tempi eran ivi

.....
*erano il quinto di quei ch'or son vivi*¹⁴.

Quinientos por ciento en cien años es una tasa notable de crecimiento demográfico, una verdadera explosión, causa y efecto de un rapidísimo progreso material, de un aumento rápido de la producción, de una complicación cada vez mayor de intereses, de tensiones y contradicciones violentas en el interior de la sociedad urbana.

No es difícil, por lo tanto, aceptar la idea de que la tradición oral florentina, repetida nostálgicamente por Dante, se haya complacido en el recuerdo de

*...così riposato; ...così bello
viver di cittadini, ...così fida
cittadinanza, ...così dolce ostello ...*¹⁵.

La sensación de angustia que se evidencia en la *Commedia* no parece haber sido exclusiva invención de Dante. Se trataba de una situación real, completamente nueva, brusca por efecto de su rápida aparición y de la carencia completa de experiencias previas que prepararan, por lo menos, a la comprensión y la tolerancia de las nuevas situaciones.

Muchos hechos nuevos debían causar aguda molestia a los viejos florentinos:

¹⁴"Todos aquellos que en ese tiempo estaban
.....
eran la quinta parte de los que viven hoy"

Par., xvi, 46 y 48.

¹⁵"... tan reposado ... tan bello
vivir de ciudadanos ... tan leal
ciudadanía ... tan dulce albergue".

Par., xv, 130 y ss.

*... la cittadinanza, ch'è or mista
di Campi, di Cartaldo e di Fegghine
pura vediese nell'ultimo artista*¹⁶.

Dante ve clarísimamente que su ciudad ha ensanchado sus fronteras, y que la aldea de Galluzzo, o la localidad de Trespiano en las fuentes del Mugnone ya no marcan una línea divisoria entre la ciudad y el condado. Ve que esto ha convertido en florentinos a un Baldo d'Aguglione o a un Fazio del Morubaldini, proveniente de Sigma. Y deplora:

*Oh quanto fora meglio esser vicine
quelle genti ch'io dico, el al Galluzzo
e a Trespiano aver vostro confine,
che averle dentro e sostener lo puzzo
del villan d'Aguglion ...*¹⁷.

Dante que se halla situado en otro mirador, no puede ver que esto ha traído una fecunda transformación del régimen de la propiedad, la eliminación de los últimos restos del feudalismo y el acrecentamiento del poder político y la importancia institucional de su amada Florencia. Las instituciones llegan ahora con su poder mucho más allá del viejo recinto urbano, implicando la responsabilidad política e histórica de Florencia en el devenir mismo de la historia de Italia y de Europa.

¹⁶... esa ciudadanía, hoy tan mezclada de Campi, de Certaldo y de Figline pura véfase hasta en el último artista".

Part., xvi, 49 y ss.

¹⁷"Cuánto mejor sería que vecina fueran esos que digo, y en Galuzo y en Trespiano tener vuestra frontera, que tenerlos adentro y aguantar el hedor del villano de Aguglión".

Part., xvi, 52 y ss.

*Fiorenza dentro dalla cerchia antica
ond'ella toglie ancora e terza e nona
si stava in pace, sobria e pudica*¹⁸.

En el tañido simple y casto de la vieja campana de la *Badia*, Dante con intuición certera y una imagen hondamente expresiva capta toda la poesía doméstica de la antigua ciudad. Y nosotros también captamos algo en que Dante no supo o no quiso marcar el acento. La campana de la vieja *Badia* —que todavía hoy sigue dando las tercias y las nonas— sobre las murallas del viejo Carlomagno, marcaba además las horas en que los obreros entraban y salían de su trabajo, esos artesanos que con su sobrehumana habilidad manual estaban labrando uno de los prestigios mayores de Florencia y poniendo los cimientos de su prosperidad para muchos siglos, que todavía no terminan de pasar.

Y no se trata de invención nuestra. Hallamos la observación en los mismos cronistas de la época. Y estaban también dando cuerpo y vigor a los problemas que estallarían en la época de Dante.

El aumento de la capacidad industrial de Florencia es la condición previa para el aumento de poder de su burguesía. Algunos hechos relativos a este desarrollo industrial de Florencia son del mayor interés porque caracterizan tendencialmente la fisonomía de esa burguesía.

Las industrias que primero y más fuertemente se desarrollaron son aquellas que para la adquisición de sus materias primas básicas y para el comercio de sus productos tienen necesidad de más amplios y lejanos mercados. Este hecho repercute en la dirección de la política exterior de la ciudad que no puede, por consiguiente,

¹⁸Florencia dentro del antiguo muro
de donde aún recibe las tercias y las nonas,
se mantenía en paz, púdica y sobria.

Par., xv, 97 y ss.

ser dejada en manos de la nobleza tradicional, hostil por sus intereses al auge de la burguesía plebeya. No es fuerza, sin embargo, que este problema se resuelva sobre el terreno de la hostilidad y de la guerra civil. El desarrollo de los negocios bancarios, que precisamente en Florencia y Siena adquieren mayor amplitud que en muchas otras ciudades de Italia y de Europa, impone un acuerdo pacífico y un *modus vivendi* de buenas relaciones entre banqueros nobles y banqueros burgueses, permitiendo el acceso al poder político de los más altos exponentes del *popolo grasso*.

A fines de la Edad Media el circulante es escaso, y su precio y rendimiento son mucho mayores que los de los bienes inmuebles. El capital rinde fácilmente un 20% y más, mientras los bienes inmuebles difícilmente llegan al 5%. Por esto decíamos que la compra de fincas en el agro toscano no representaba una inversión para poner capitales en seguro. La importancia económica del mercader y del banquero es, por consiguiente, mucho mayor que la del magnate terrateniente.

En este campo y con la ayuda del tiempo, la burguesía recibirá la ayuda decisiva de los movimientos populares para rescindir los términos mediante los cuales la legislación económica de los magnates amenaza con la atrofia del gran comercio internacional florentino. Como antes y después en otras democracias, será el pueblo quien imprima con sus movimientos, su vuelo al naciente capitalismo.

Los severos estatutos de las corporaciones florentinas dan a quien los lea la impresión de que cada una de ellas permanece encerrada en sí misma, sin vinculaciones con las otras. Nada más falso.

La Constitución florentina acordaba a los ciudadanos el derecho de pertenecer a varias *artes* a la vez. Esto favoreció la aparición de formas de asociación económica de tipo cartelista entre las empresas de mediana importancia, con la consiguiente difusión y penetración capilar de los grandes capitales. Los grandes tene-

dores de capitales quedaron, directamente interesados en la buena marcha de los negocios de todas las industrias importantes. Así se explica la gran influencia y el poder político del *Arte de la Lana* o de los mercaderes de Calimala, y la solidaridad que siempre encontraron en el *Arte de la Seda* y entre los cambistas, y, finalmente, allí está la razón del por qué, a pesar de la separación aparente de las corporaciones, la burguesía industrial y comerciante florentina actuó siempre de acuerdo y consuno.

Las Comunas, y Florencia, no es la excepción, eran anteriores a las corporaciones mercantilizadas e industriales. Con el mayor poder de la Comuna creció en las corporaciones, junto con el deseo de hacerse reconocer y de adquirir una configuración jurídica, la ambición natural de actuar sobre la Comuna y dominarla. La empresa no fue difícil.

La composición de las corporaciones no era homogénea, y dentro de ellas actuaban intereses mucho más variados que los de un simple oficio o actividad profesional. Allí había personalidades cuyas actividades económicas, a veces, no tenían nada que ver con los de la corporación en que actuaban, y se hallaban allí porque las corporaciones eran las asociaciones políticas más fuertes de Florencia.

Poco a poco las asociaciones de gentes de un mismo oficio irán perdiendo su carácter gremial y profesional para representar intereses de clase frente a la Comuna y a las demás clases.

De aquí se desprende otra evidencia. Estas asociaciones están cementadas por un tremendo espíritu de cuerpo que consiente a veces el desprendimiento de fracciones enteras, pero muy raras veces el de un individuo. Juramentos, gonfalones, reglamentos, banderas, fiestas propias, santos patronos, calles habitadas exclusivamente por gente dedicada a un mismo oficio, caja propia, etc., todo sirve para reforzar la cohesión de la asociación, para darle forma permanente y tangible de una tradición que se debe venerar y mantener.

La Comuna de Florencia era obra del pueblo florentino aliado primero con los nobles, y después en lucha contra ellos. La noción de *Pueblo* en la Florencia de esos años no corresponde casi nunca a la nuestra, que se identificaría más bien con la de plebe florentina. Pueblo es aquí más bien la burguesía, que sin poseer títulos de nobleza constituye la fuerza económica más activa y pujante y es, junto con la nobleza, una de las dos fuerzas políticas con fisonomía constante y tendencias permanentes. La plebe no posee nada de esto, ni títulos ni bienes y su única influencia se ejerce esporádicamente por medio de tumultos y revueltas de corta duración.

Los mercaderes de Calimala y al Arte de la Lana forman las dos corporaciones más importantes. Los de Calimala son importadores de lana, que venden en Florencia o reexportan. Sus relaciones, especialmente bancarias, en el extranjero llegan hasta muy lejos. Su importancia social es de primera magnitud, y abriendo o estrechando los cordones de su bolsa controlan ideas y actitudes de muchos florentinos, aun de los más importantes. Papas, reyes, y emperadores son clientes suyos, cosa que los vincula con la alta política internacional de la época.

El Arte de la Lana ocupa el mayor número de obreros —unos 30 mil dentro de una población que se puede estimar en unos 100 mil— dentro de cuya masa fermenta el descontento contra la corporación y contra el gobierno comunal.

Los jueces y los notarios también forman una corporación separada, un *arte* de gente rica, porque hay que serlo desde la partida para poder dedicar largos y tediosos años a un estudio que en sus comienzos es totalmente improductivo. No darán muy a menudo, mejor dicho, no darán nunca pruebas de independencia frente a los magnates, que, por lo demás, no los estiman. La plebe los detesta, pues para ella son los *azzecca garbugli* de manzoniano recuerdo, los enredosos de la ley. Nadie, ni grande ni pequeño puede, sin embargo, prescindir de ellos, porque son indispensables

para la redacción de leyes y decretos y para el manejo burocrático de tantos intereses. El *villan d'Aguglion* ya citado en un verso de Dante, es un ejemplo entre tantos otros posibles de lo dicho.

Estas *tres artes* son homogéneas en su composición y en sus finalidades. Sus miembros se dedican a la misma actividad o a otras parecidas. Otras hay que no lo son tanto. Así, junto con los médicos están los boticarios, los drogueros que comercian en especies y los que compran y venden metales. También están los merceros, que venden guantes, calzado, cuchillos y sombreros.

El florentino posee, desde que lo vemos aparecer actuando en la luz de la historia, un marcadísimo sentido de la realidad económica y de sus valores. Es algo que se manifiesta en todas las capas sociales, entre los banqueros, entre los poetas o entre los cronistas contemporáneos. Si para Dante el florín de oro es sólo *il maledetto fiore*, para Villani el día en que se acuñó la primera moneda había sido uno de los más grandes de la historia florentina. No es de extrañar, entonces, que los propietarios de la fortuna hayan querido ejercer directamente el poder político.

Para el pueblo de que hablamos, el *popolo grasso*, el primer deber de la Comuna era el de asegurar a todos los ciudadanos la posibilidad de ocuparse en paz y provecho del cuidado de sus intereses. Cualquiera política que favoreciera estas tendencias debía parecer justa y provechosa, y la que no lo hiciera resultarles tan impensable como una traición a la patria.

De no haber concedido la debida importancia a los hechos e ideas examinadas hasta ahora, proviene el error de todos aquellos historiadores que han considerado las expediciones militares de Florencia y sus encarnizadas luchas internas de los siglos XIII y XIV como manifestaciones de una actitud permanentemente vigilante en defensa de una libertad abstracta, que hubiese tenido un contenido puramente idealista.

Los florentinos "limpiaron" el condado de señores feudales, de ciudades rivales y hasta de las modestas aldeas que hubieran

podido significar un peligro para su libertad de tráfico y de comercio; y en el interior de la ciudad las poderosas corporaciones negaron a la plebe el derecho de asociarse hasta para fines religiosos, por el temor de que estas cofradías de *popolo minuto* encubrieran lo que hoy llamaríamos un sindicato de resistencia.

Los poetas tuvieron mejor criterio para juzgar su historia contemporánea, Dante, que debió tener buena información acerca de las llamaradas de odio que de todas partes lamían las murallas de Florencia, lo dice:

*tu sentirai di qua da picciol tempo
di quel che Prato, non ch'altri t'agogna*¹⁹.

Es decir, no sólo los de Prato, sometidos al dominio florentino y víctimas de su gobierno explotador, le desean toda suerte de males, sino también los pisanos, que tenían muchas razones, y los aretinos, aunque Dante no los nombre, tal vez porque recordaba su propia participación en Campaldino, y muchos otros.

No puede haber maravilla tampoco en que Dante, tan implicado en la política de su tiempo, sea tan duro para juzgar a sus contemporáneos, si Petrarca, el poeta amable y laureado, el hombre mimado por las ciudades y las cortes, el que tampoco se mezcló en las luchas políticas, se preguntó horrorizado:

*Qual colpa, qual giudicio o qual destino
fastidire il vicino
novero e la fortune afflitte e sparte
persequire . . . ?*²⁰.

¹⁹"Tú sentirás dentro de poco tiempo lo que Prato con otros te desean".

Inf., xxvi, 8 y s.

²⁰Qué culpa, qué sentido y qué destino fastidiar al vecino pobre, y las fortunas disueltas y afligidas perseguir . . .".

All'Italia, 57 y ss.

¿Cuál es, entonces, esta libertad tan amada? ¿Es acaso una libertad que signifique justicia, igualdad y paz? Dentro de la ciudad la facción dominante quiere libertad de arreglar los asuntos de la comunidad a su antojo y en su propio provecho, destruyendo al adversario, fastidiando al vecino pobre que es incapaz físicamente de resistir a la prepotencia ajena, sometiendo a la ciudad que para su desgracia ocupa aquel paso o es dueña de aquel puerto indispensable para otros tráficos.

Para gente con semejante mentalidad, los derechos políticos y las instituciones en que se materializan estos derechos no son más que un privilegio, el ejercicio de las magistraturas una franquicia, la justicia el derecho de revestir con un disfraz los abusos del poder, la más de las veces el derecho más o menos legalizado de vengarse.

Florencia, que había hecho entrar a fuerza a las ciudades vecinas en su propio juego, tendía, a su vez, por efecto del mismo proceso, a convertirse en pieza y prenda de un juego más grande entre el Papa y el Emperador. Su creciente riqueza y poderío prometen el dominio de la Italia central a quien logre apoderarse de ella. Las guerras cuestan sangre y dinero. Los florentinos son feroces en sus luchas internas y no son avaros de su propia sangre, mucho menos lo han de ser de la ajena. Del dinero, sí, son avaros, y para salvarlo iniciarán ese largo y complicado juego del que el idealista Dante será una de las víctimas más conspicuas.

Los florentinos no se quedaron sentados esperando en la *bottega* que llegasen los compradores o los comerciantes a colocar cuantiosas órdenes de fabricación. Salieron, y ya pocos años después del milenio los encontramos dispersos por las ferias de Provenza, de Champagne o de Artois.

Es en la literatura un verdadero lugar, que se ha hecho común por lo repetido que está, hablar de los comerciantes como de permanentes viajeros que abandonan a su esposa, a sus hijos y a su patria empujados por su impenitente afán de lucro. Entre los viajeros comerciantes de esta época no abundan precisamente los pa-

tricios, que tenían en sus posesiones de la ciudad o del agro rentas a veces cuantiosas, sin necesidad de echarse por los inseguros caminos de Europa a correr el riesgo de perder la vida a manos de bandidos o de posaderos.

El problema de la ninguna seguridad de los caminos y la extrema peligrosidad de los viajes para las personas que los afrontaban con uno u otro fin, dio mucho que pensar durante la Edad Media a los papas y a los emperadores. Todavía el Concilio de Letrán consideraba necesario ocuparse del problema.

Los mercaderes italianos compraban telas y tejidos en Flandes para reelaborarlos en Italia y venderlos, realizando así cuantiosas ganancias. Era necesario viajar, pero el viaje a Francia y a las Ferias no debe de haber sido tan peligroso como otros, porque no abundan los testamentos hechos en vísperas de un viaje a esas regiones, cosa que solía hacerse comúnmente antes de un peregrinaje a los Santos Lugares o a Santiago de Compostela, que era tierra de cristianos.

La juventud acomodada de Italia sueña, como puede soñar también ahora, con un viaje a París, un viaje agradable y provechoso, del cual se suele volver con dinero, con nuevos surtidos de mercaderías, con regalos para la esposa, que la consuelen de su temporal y forzada viudez.

Dante dice que en tiempos de su abuelo

. *ancor nulla*
*era per Francia nel letto diserta*²¹.

Hay razones para dudar de que antes de los tiempos de Cacciaguida los florentinos no abandonaran a sus esposas para irse a comerciar en Francia.

²¹"ninguna (esposa) estaba todavía por Francia en su lecho abandonada".

Par., xv, 119 y ss.

Los comerciantes italianos cuando salían de su patria no llevaban consigo solamente dinero y géneros de comercio. Se llevaban también sus inquietudes espirituales. Y veamos la prueba.

Ciertos documentos eclesiásticos nos dicen que en 1074 había en Arrás comerciantes italianos llegados para comerciar en las Ferias, y que se habían visto implicados en procesos de herejía. Y no habían sido los primeros en llegar, porque cincuenta años antes ya los había a lo largo de la famosa ruta comercial entre la Champagne y el Artois.

La herejía de los cátaros o neomaniqueos se había difundido en Francia especialmente entre los trabajadores de la lana, por lo que muy a menudo fueron llamados *tixerands*. Por aquí se contagiaron los mercaderes florentinos que en Orleans, en el año 1022, encontramos implicados en un proceso por herejía. En 1025 nuevamente hay italianos acusados de herejía en otro proceso, esta vez en Arrás, ciudad eminentemente comercial, donde había italianos domiciliados en forma permanente, comerciantes o banqueros interesados en los tráficos comerciales entre las ferias del norte de Francia y las plazas italianas.

Estas ferias ejercían una gran atracción que llegaba hasta muy lejos, y los italianos que asistían a ellas tenían mucho crédito, por el abundante dinero de que disponían y por sus técnicas bancarias y comerciales simples y seguras.

Por lo demás, no eran sólo banqueros o comerciantes los que iban a Francia a hacer fortuna y lo conseguían. En la ciudad de Troyes, un médico toscano, no sabemos si sienés o florentino, había fallecido en 1286, y por su testamento nos enteramos de que al morir era dueño de varias propiedades urbanas y rurales. Se ve que tras los ricos pacientes había llegado también el *cerúsico* para sacar buen partido de su arte entre los mercaderes.

Boccaccio, ya que no Dante, fue el literario historiador de esta clase de enérgicos y despiertos comerciantes que se paseaban a sus anchas por Italia y Francia. Éstos son los que a partir de la segun-

da mitad del siglo XIII conquistan el poder político en las Comunas italianas, y también en Florencia, que es el caso que nos interesa.

Esta conquista no se consigue blandamente, ni siguiendo una trayectoria única y pacífica. Dante lo dice:

. a mezzo novembre
non giugne quel che tu d'ottobre fili.
Quante volte dal tempo che rimembre
legge, monete, ufficio e costume
*hai tu mutate e rinovate membre?*²².

Es una tensión permanente, una rivalidad y una pugna entre fuerzas desiguales por número, capacidad económica y sabiduría política, que se enfrentan para tratar de prevalecer, o, por lo menos, si la victoria no es inmediatamente posible, de equilibrar la lucha.

Era el resultado de aquel crecimiento de la ciudad de que ya hablamos, que tanto le dolía a Dante, y en el que, con mucha penetración identificaba la causa de los trastornos:

Sempre la confusion delle persone
*principio fu del mal della cittade . . .*²³.

Es precisamente la época en que las oposiciones se hacen más violentas entre grupos cada vez más ricos y poderosos. Los nuevos ocupantes del poder van a dar impulso a las actividades económicas de la ciudad y de sus ciudadanos, perfeccionando los mecanis-

²² a mitad de noviembre
 no llega lo que hilas en octubre
 ¿Cuántas veces del tiempo que recuerdas
 leyes, monedas, oficios y costumbres
 has cambiado, renovado así tus miembros?

²³ Siempre la confusión de las personas
 comienzo fue del mal de las ciudades.

Par., XVI, 67 y s.

mos políticos para hacerlos más expeditos e implacables en su funcionamiento. Será un proceso largo, cuyas ulteriores manifestaciones las constituirán la victoria de la media burguesía y las revueltas esporádicas y violentas del proletariado.

En Florencia, como en otras ciudades de Italia de la época, asistimos a una lucha entre dos facciones, cuyo origen la tradición, que también encontramos en Dante, hacía remontar a una trágica historia de amores ofendidos.

Buondelmonte de la familia de los Buondelmonti había dado palabra de matrimonio a una doncella de la noble familia de los Amedei, pero después se había prendado de otra niña, o de la conspicua dote de ésta, hija de la plebeya familia de los Donati. El compromiso anterior había sido olvidado y Buondelmonte debía casarse con la Donati. Los Amedei se sintieron ultrajados y con ellos las demás familias de su parte. En un consejo de familia alguien pronunció la frase que sigue siendo tradicional: *Cosa fatta, capo ha*, y decidieron tomar una venganza terrible y ejemplar.

La fecha escogida fue la santa mañana de la Pascua de 1215, y los conjurados esperarían apostados en la esquina norte del Ponte Vecchio. Cuando llegó Buondelmonte con sus blancas vestiduras a caballo de su blanco corcel, los conjurados se echaron sobre él, lo derribaron de su montura y lo cosieron a puñaladas, abandonando después el ensangrentado cadáver junto al pedestal de la mutilada estatua de Marte que en ese lugar se encontraba.

... *conveniesi a quella pietra scema
che guarda 'l ponte che Fiorenza fesse
vittima nella sua pace postrema*²⁴.

²⁴“Correspondía a aquella piedra roma que mira el puente que Florencia fuera la víctima en aquella paz postrera”.

“Su paz postrera” dice el poeta. En verdad, tanto él como sus contemporáneos y los historiadores que vinieron después, y que habrían debido hilar más delgado, creyeron que ese día, y solo ése, había sido el primero de todos los días de guerra civil que ensangrentaron el destino de Florencia. Este error no por ser común, deja de ser un error.

La lucha política encubre en Florencia un conflicto económico y por ende social y político entre la burguesía adinerada y la gente de espada, entre la *gente antica* y la *gente nova*, entre la burguesía urbana que se enriquece rápidamente, y lo que va quedando de una aristocracia feudal apegada a sus títulos y a su pasado prestigio. Una historia tan común como la de un mancebo que falta a su palabra en asuntos de amor no puede ser materia para una lucha secular que en esos años está comenzando y cuyo resultado es fatal, la lucha entre los propietarios de bienes inmuebles y los dueños de la nueva fortuna de Florencia.

En la Florencia de esa época bien podemos decir que hay una auténtica cuestión social, aunque sus términos no sean susceptibles de ser definidos de acuerdo con los criterios modernos.

Hay gente acomodada, cuya única inseguridad la constituye el importe mayor o menor de la segura ganancia. En un nivel muy inferior hay una gran cantidad de dependientes, de pequeños patronos y obreros que formal y jurídicamente son hombres libres, pero que en algunas industrias, en particular la de los paños, constituyen una prolongación humana del capital de explotación de que dispone el capitalista. Hay veces en que se puede decir que esta dependencia es absoluta.

Estos ricos burgueses, dueños reconocidos del Estado, son el *primo popolo*, son los fundadores del *Pueblo*, que le dan a esta palabra un significado concreto que antes no tenía.

El manejo de los asuntos de la ciudad se hará, en adelante, con prescindencia de los nobles, y aun contra ellos, reemplazándolos en el ejercicio de sus antiguos privilegios.

Una de las primeras medidas que tomó el *Pueblo* fue decretar la rebaja a cincuenta brazas, como altura máxima, de todas las torres de las casas señoriales. No es seguro, y solamente probable, que los caudillos del *primo popolo* se hayan propuesto la disminución del poder de los gibelinos; pero es cierto que el nuevo orden del estado fue posible gracias a un compromiso entre la rica burguesía que tomó la iniciativa, y la nobleza güelfa que permaneció neutral y pasiva.

Era la revancha de los güelfos, que habían sido expulsados de Florencia en 1248 y que sólo pudieron regresar en 1250, a la muerte de Federico II, el decidido adversario de las comunas independientes. Su neutralidad había sido el precio pagado por el permiso de regresar.

La rica burguesía supo ganarse el apoyo de otras fuerzas en su lucha contra la nobleza gibelina y el emperador, y éste fue el de los artesanos florentinos que antes de esa época habían permanecido ausentes de la lucha política. De ahora en adelante se colocarán al lado de los nuevos vencedores, dando la victoria en la pugna entre la nobleza, güelfa o gibelina que fuera, y la burguesía, a los nuevos señores que dan trabajo y prometen mejores ganancias. Los gibelinos quedaron aislados, acompañados en su soledad únicamente por aquellas familias nobles cuya tradición antigua o reciente los vinculaba al prestigio de las armas imperiales. Poco a poco se fueron extinguiendo, y la prueba de lo dicho la tenemos en el canto XVI del *Paraiso*, donde casi todos los nombres ilustres que recuerda Cacciaguida pertenecen a la nobleza gibelina, y en tiempos de Dante habían ido rodando hasta caer en la plebe baja, o habían desaparecido lisa y llanamente, como lo confirma Villani.

No se produjo, empero, ninguna distensión social, como alguien podría imaginar. En la nueva Constitución, todas las actividades de la ciudad fueron agrupadas en doce corporaciones o *Artes*, de las que ya hemos hablado bastante, y que tenían a su frente cada una un magistrado.

Lo que se producía de este modo era un verdadero agrupamiento de las familias plebeyas, lo que evitaba el posible regreso ofensivo de la desposeída aristocracia; pero para evitar que dentro de las corporaciones prevaleciera el *popolo minuto*, esto es, las actividades de poca cuenta, las *Artes* fueron divididas en siete *mayores* y cinco *menores*. En las *mayores* prevaleció la burguesía patronal y en las *menores* el artesanado. Los nuevos amos de la situación no tenían ningún deseo de ser desposeídos a su vez por el *popolo minuto*.

A pesar de todo, este *popolo minuto*, y su fuerza militar, eran necesarios para tener en jaque a los desterrados gibelinos de Florencia y a las ciudades también gibelinas, como Pisa y Arezzo. Pisa, en este sentido, con su dominio del bajo curso del Arno, era la ciudad que más peligro corría de ser agredida. Y lo fue. Dentro de Florencia, la paz y la guerra seguirán dando alternadamente la victoria a uno u otro grupo, y señalando la importancia que cada uno irá teniendo en la conducción de la política florentina. Durante los períodos de guerra, cuando es necesario someter a las ciudades que dominan el acceso a las vías marítimas o terrestres, entonces es más evidente el prestigio de los caudillos, y poco importa que se trate de nobles o de miembros burgueses de las artes *mayores*, para entregarles el poder. Una vez pasado el peligro, las artes *menores* y el *popolo minuto* lucharán para rebajar la importancia de la nobleza de sangre o de dinero.

A este *popolo minuto*, que lucha aliado con los miembros de las artes *mayores*, le falta todavía mucho para que sea una auténtica clase social, y mucho más para que sea una clase obrera. Es únicamente una clase todavía indiferenciada que trata de constituirse como tal frente a las otras dos. Este juego de balanza fue lo que en opinión de muchos caracterizó las políticas del *popolo vecchio* o *primo popolo*.

Como política exterior, Florencia desde 1250 en adelante, es la

ciudad güelfa, pero dentro de la cual el *Pueblo* confunde sus intereses con los de la nobleza güelfa sólo por razones circunstanciales. Florencia es güelfa, pero no está enfeudada al güelfismo, y mucho menos todavía al papado. No tiene tampoco ningún interés en que la victoria güelfa sea absoluta y sin cortapisas.

Hay a este respecto un hecho muy expresivo. En la década comprendida entre el 1250 y el 1260, de 176 nombres de "Ancianos" que conocemos —los "Ancianos" son los jefes del nuevo gobierno— solamente dos fueron seguramente nobles, y de 661 miembros del Consejo, sólo 14. Todos los demás fueron gente del *Pueblo*.

Es un *Pueblo* de mano muy dura para con el artesano. Este no puede trabajar ni siquiera ocasionalmente para el público. No puede entenderse directamente con el consumidor. Es libre en su persona y en sus bienes, pero como mano de obra es propiedad del empresario que detenta el monopolio de su esfuerzo. Le está prohibido asociarse aun para inocuos fines religiosos. Como hay exceso de mano de obra, el nivel de los salarios es muy bajo, por debajo del mínimo indispensable para subsistir, hecho que lo condena a una pobreza definitiva e irrecuperable. Aun siendo tan bajos los salarios, pueden bajar todavía más, y esto lo mantiene en un estado de total incertidumbre acerca de su porvenir. La calidad de su producto es severamente controlada, porque este control es la defensa de la industria florentina frente a la competencia de los mercados internacionales. Carece de medios legales para mejorar su situación y ese hecho es, sin lugar a dudas, la causa del radicalismo de todos sus movimientos de reivindicación.

Los obreros recurrieron a todos los medios posibles para concretar su oposición al régimen de trabajo. Intentaron regular la oferta de trabajo para ver si así conseguían algún aumento de sus salarios. No pudieron, y desahogaron su desesperación con asaltos y motines violentos, desordenados, pero sin conseguir obligar al capital a que les otorgara un mejor tratamiento. El sistema era cruel y malo; pero empeoró cuando no se le reconoció al obrero

endeudado con su patrón ningún otro medio que no fuera el trabajo para saldar su deuda.

Así como los industriales presionaban a sus operarios para tratar de rebajar los costos por concepto de mano de obra, del mismo modo los magnates florentinos presionaban a los industriales para sacar mayores rentas por concepto de cánones de alquiler. Las grandes familias florentinas, como los Cavalcanti, los Chiamontesi y otros, eran dueños de todos los locales en que funcionaban las tiendas artesanas. La familia del Bene era propietaria de toda la Plaza de Santo Spirito, y en 1315 ocupaban esas tiendas 54 arrendatarios entre tejedores y trabajadores del cuero. El Borgo de'Greci, como su mismo nombre lo indica, había sido en su totalidad propiedad de la familia Greci. Los Bostichi eran güelfos y propietarios de todos los alrededores del Mercado Nuevo. Y en otras partes de Florencia había también más concentraciones notables de propiedad inmueble.

Los contratos de alquiler eran anuales, y los alquileres debían, por consiguiente, ser recontratados todos los años. Las negociaciones trascendían la esfera estrictamente privada y debían intervenir los cónsules de las artes mayores, como los de Calimala, para conseguir la prórroga por un año más. Y al año siguiente, vuelta a comenzar.

El problema de los alquileres, derivado del explosivo aumento de la población, era muy grave en Florencia, y sólo vino a aliviarse después de la gran epidemia de peste que inspiró a Boccaccio. Una vez, se contaba, apareció en Florencia un traumaturgo que se decía capaz de resucitar a los muertos; los florentinos, entre risas y fingido espanto le rogaron que no hiciera tal, porque ya los vivos no tenían donde alojar.

Cabe pensar qué habría sucedido, si los florentinos no hubiesen desarrollado por esos años la intensa actividad constructiva que se recuerda. En el último cuarto del siglo XIII, que fueron años de gran aumento de la riqueza pública y privada, se pusieron las

primeras piedras de los monumentos más bellos e interesantes de Florencia, precisamente esos que siguen dándole esa fisonomía única por su belleza y finura.

Santa María Novella comienza a surgir del suelo en 1278; en 1295 le toca su turno a Santa Croce y en 1296 a la maravilla que es Santa María del Fiore. En 1298 la ciudad se ennoblece con la majestad del que es hoy conocido como el *Palazzo Vecchio*. Las murallas de 1173 se habían hecho estrechas y en 1284 se comienza el trazado de una nueva muralla para ensanchar la ciudad y defenderla. Es la época del gran auge de las clases mercantiles en Florencia, que trazan en su mente atrevidos planes de desarrollo futuro. Por eso el nuevo cinturón de murallas fue hecho como se suelen hacer los vestidos de los niños, previendo el futuro crecimiento, ese crecimiento que en el caso de Florencia no se produjo.

Lo impidió la gran peste de 1348, la crisis general de Italia, el descubrimiento de América con el desplazamiento general de todos los tráficos comerciales que esto significó, el nefasto asentamiento, ese crecimiento que en el caso de Florencia no se produjo. en fin, tantos hechos más.

Dante no desconoce esta expansión florentina, y será casi la última vez que lo repitamos, por el contrario, la advierte, pero la deplora, porque ve en ella el origen de todas las discordias y querellas que afligen a su ciudad, y una causa de la decadencia moral. No es que sea pesimista, ni que esté lleno de prejuicios medievales, pero ve muy bien que ese auge y esa expansión se están haciendo a costa de alguien que está pagando el escote ajeno.

Dante había nacido fuera de las murallas de Florencia. Muy cerca, en el pueblito de San Martino del Véscovo, a fines del mes de mayo de 1265. Creció dentro de la ciudad

*sovra 'l bel fiume d'Arno alla gran villa*²⁵.

²⁵ Junto al bello río Arno en la gran villa. Inf., xxiii, 94.

El sol estaba en Géminis, un signo favorable para sacar en suerte una gran inteligencia. Dante cree en eso y se complace en recordarlo.

*O gloriose stelle, o lume pregno
di gran virtù, dal quale io riconosco
tutto quel che si sia, il mio ingegno,
con voi nasceva e s'ascondeva vosco
quelli ch' è padre d'ogni mortal vita
quand'io sentí di prima l'aere toscano*²⁶.

Dante tenía sólo nueve años de edad cuando por las calles de Florencia encontró a Beatriz, la mujer que sería la luz de su poesía y acerca de cuya realidad histórica tanto se ha escrito y hablado. El hecho es de suma importancia para la poesía dantesca, pero es porque Dante le concedió esta calidad y alrededor de ella construyó todo su mundo poético. Con lo cual queda dicho que para nosotros su realidad objetiva es cosa que no interesa en lo más mínimo.

Había cumplido apenas, o estaba por cumplir los doce años, cuando sus padres decidieron que al tener la edad necesaria tomaría por esposa a Gemma Donati, hija de Manetto. El matrimonio se hizo, y de él nacieron tres hijos, ninguno de los cuales heredó nada del genio de su inmenso padre. Nada de este matrimonio, como tampoco casi nada de su vida privada pasó a la obra poética de Dante, y no es lícito sacar ninguna especie de conclusión acer-

²⁶Oh gloriosas estrellas, oh lumbre llena
de gran virtud, de quien yo reconozco
que es mi ingenio, en todo lo que sea.
Con vosotros nació y se ocultaba
el que es padre de toda mortal vida
cuando sentí primero el aire de Toscana.

Par., xx., 112 y ss.

ca de una eventual o posible relación entre sus afectos familiares y conyugales y el amor que Dante afirma siempre haber sentido por Beatriz.

Entre 1295 —el año en que Dante cumplió treinta años de edad— y 1301, la aciaga fecha de su destierro, se desenvuelve la breve vida política suya y su participación en la administración de la ciudad.

Desde el regreso de los güelfos en 1250 hasta el 1260 pasan diez años en que los gibelinos desterrados buscan por todas partes a algún aliado que les permita encontrar el camino de regreso. El 4 de septiembre de 1260, a orillas del río Arbia, un poco al oriente de Siena, Florencia güelfa y Siena gibelina se trababan en la sangrienta batalla de Montaperti,

*Los atrazio e' grande scempio
che face l'Arbia colorata in rosso*²⁷.

Los gibelinos desterrados de Florencia, encabezados por Farinata de la familia de los Uberti y un fuerte golpe de caballeros al mando de Manfredi, el hijo de Federico II de Suebia y de Blanca Lancia, habían combatido al lado de los sieneses. Suya y de Manfredi fue la victoria que en Florencia significó la caída del *primo popolo*. Los gibelinos volvieron a Florencia a vengarse.

Se confiscaron las propiedades de los güelfos, se destruyeron sus casas de la ciudad, y sus fincas del agro quedaron arrasadas. Era la nobleza gibelina que quería hacer retroceder el carro de la historia. Hubo nobles como los Pazzi en Valdarno que pretendieron devolver a la gleba a sus antiguos siervos liberados por la Comuna.

El genio militar de Manfredi y su cautivadora simpatía han sido los principales artífices de la victoria. Manfredi es en este momento el más bello caballero de Italia y su esposa tal vez la mujer más bella

²⁷“el tormento tremendo y el destrozo que dejó el Arbia coloreado de rojo”.

Inf., xx, 85 y s.

del mundo. Aspira al imperio y a ser el dueño de Italia. Se siente príncipe italiano y quiere vivir como tal. No consigue otra cosa que ser el aventurado jefe de una facción intrusa y extraña. Los italianos lo miran como un extranjero, un *tedesco*. Para los papas es el peor de los herejes, hijo ilegítimo de hereje, y le buscarán in-fatigablemente un adversario. Y lo encontrarán.

Urbano IV, un papa francés, llegará a un acuerdo con Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia y Conde de Provenza. Es un hombre ambicioso y violento que ya ha logrado apoderarse de algunas ciudades del Piamonte. Manfredi ve bien que se trata de la partida decisiva y reúne el mayor número de fuerzas que puede. El 26 de febrero de 1266, ni un año después del nacimiento del Dante, el de Anjou es el vencedor en Benevento. Manfredi cae combatiendo con valor.

El vencedor quiso rendir su homenaje al vencido desafortunado y darle la sepultura que le correspondía. No pudo hacerlo. El legado del Papa, el obispo de Cosenza Bartolomeo Pignatelli, se opuso por tratarse de un excomulgado. Lo hizo sacar del lugar donde los soldados lo habían enterrado, y, con las luces apagadas, sin cantos ni responsos, como convenía a un hereje, hizo arrojar sus huesos sobre las orillas del río Garigliano.

Or le bagna la pioggia e muove il vento.

.....
*Biondo era e bello e di gentile aspetto*²⁸.

Manfredi es el último representante en Italia de una digna y respetable idea imperial. Con su muerte, el trono imperial quedará vacío para siempre. No habrá nada que lo reemplace. Los Anjou son

²⁸hoy los moja la lluvia y mueve el viento

.....
rubio era y bello, y de gentil aspecto.

Purg., III, 130 y 131.

güelfos y extranjeros, más alejados de los italianos que Manfredi, y jamás lograrán arraigarse en tierra italiana. Los frutos de la victoria de las armas angevinas no beneficiarán a la Comuna güelfa y tampoco al Papado. Este último se ha echado encima un amo extranjero, de manos duras y pesadas, y no pasarán muchos años antes que esas manos ultrajen al Vicario de Cristo. La Comuna perderá la autonomía conquistada después de tantas luchas, y los señores que usurpen el poder esperarán recibir su consagración de manos de los hambrientos lobos germánicos, que invitados por los príncipes italianos bajan periódicamente a hacer estragos.

Dante únicamente, ya desterrado y de güelfo convertido en gibelino, seguirá venerando la idea imperial y soñando con el imposible regreso del Emperador.

Derrotados los gibelinos en Benevento, los güelfos, ayudados ahora por Carlos de Anjou, regresaron a Florencia. A vengarse.

El primer expulsado fue el Vicario Imperial, que era el primero y principal obstáculo para que se adueñaran del gobierno de la Comuna. Una vez en el gobierno desataron una ola de proscripciones y confiscaciones sobre todos aquellos que simpatizaban con la idea imperial. Fue el sálvese quien pueda de los gibelinos que huyeron dejando sus bienes en poder del nuevo gobierno güelfo.

Los bienes fueron reunidos y divididos en tres partes. La Comuna tomó la primera, la segunda fue a los partidarios para que se resarcieran de los daños sufridos, y la tercera para "la parte güelfa", el Partido como diría alguien hoy. Era una represalia que ejercían los nuevos amos para vengarse de lo que habían sufrido, y, muy particularmente, para mantenerse en el poder. Los güelfos seguirán manteniéndose vigilantes durante mucho tiempo y sin importarles la justicia o las apariencias de ella. En 1283, es decir diecisiete años después de su regreso a Florencia, la Inquisición florentina dictaba sentencia de excomunión mayor contra el jefe de los gibelinos florentinos que habían peleado en Montaperti, Farinata degli Uberti, que ya estaba muerto y bien muerto muchos años antes de la sen-

tencia. Dante mismo será una de las víctimas de esta desconfianza de los güelfos contra todo aquel que se hiciera sospechoso de tener simpatías por la causa gibelina.

Florenia siguió, como era muy natural, expandiéndose después de la victoria de Benevento y los gibelinos siguieron perdiendo terreno. Florenia sacará gran partido de la desastrosa derrota sufrida en 1284 por la flota de Pisa frente a la flota genovesa mandada por los almirantes Zaccaria y Doria, el 26 de marzo de ese año. El podestá de Pisa, el conde Ugolino della Gherardesca, lograba evitar una invasión florentina entregando sin combatir —se habló de traición— ciertos castillos que impedían la libre salida al mar de los florentinos. Los pisanos, después, condenaron al conde Ugolino a perecer de hambre en una torre con sus hijos, y Dante lo recuerda en lo más profundo del infierno, junto con los traidores políticos.

... *il conte Ugolino aveva voce
d'aver tradita te dalle castella*²⁹.

La última década del siglo XIII marca el apogeo del imperialismo y de la democracia florentina, según ya dijimos. Un año antes que comenzara esta última década, en 1289, el 11 de junio, la gibelina Arezzo había sido derrotada por los güelfos florentinos. En la batalla tomó parte Dante, que en esa época contaba sólo diecinueve años de edad.

La pujanza imperialista hacia el exterior y la actividad constructiva en el interior se corresponden con una época de agitada vida política. El año 1293 un noble perteneciente a una de aquellas antiguas familias florentinas que el gran marqués Hugo el Grande de Toscana había ennoblecido, poniéndose a la cabeza del *popolo minuto* hace adoptar una serie de leyes conocidas como los *Ordina-*

²⁹“El conde Hugolino tenía fama de haberte traicionado a ti de los castillos”.

Inf., xxxiii, 85 y s.

menti di Giustizia, cuya intención está dirigida principalmente contra la nobleza.

Dos hombres pertenecientes a conspicuas familias del patriciado florentino se habían creído destinados a ser los caudillos del movimiento popular. Eran Corso Donati y Vieri de' Cerchi. Giano della Bella será, sin embargo, el designado. Dante no abrigaba excesiva simpatía, según parece, por este noble destacado que se juntaba con el pueblo, según hace decir con evidente descontento a su abuelo Cacciaguidda; pero el fenómeno del noble que encabeza las facciones populares no carece de ejemplos ilustres, desde Julio César al Mahatma Gandhi. El tráfuga pone al servicio de las reivindicaciones populares todas las sobresalientes cualidades suyas y de su estirpe, sin que sea posible siempre identificar cuáles pueden haber sido los móviles de su actitud. Puede tratarse de resentimientos personales, rivalidades de familia —podría ser el caso de Giano della Bella— ambición de poder o el más puro y acendrado idealismo. Villani, el cronista contemporáneo a quien hemos citado ya tantas veces, dice: "Era en el pueblo el hombre más leal, más recto en busca del bien común, sin sacar ningún provecho". Veremos que sobre lo dicho por Villani es lícito abrigar algunas dudas. Stefani, otro cronista, dice que "era hombre de buen consejo y el primero en Florencia por su sentido de la virtud".

Dante, y no sabemos si por escasa simpatía por los populares o por alguna otra razón, alude a él con evidente malhumor.

Tengamos, como quiera que sea, por cierto, que Giano haya sido un hombre honesto y desinteresado, tal vez algo presumido de sí mismo y amigo de hacerse notar.

Había sido Podestá en Pistoia, donde el obispo lo había excomulgado y hecho salir de la ciudad, para que abandonara el cargo antes del término de su mandato. Giano se fue a Florencia y allí se puso a la cabeza del *popolo minuto*, para llevar a cabo una verdadera revolución legal, haciendo promulgar el 12 de agosto de 1294

los *Ordinamenti di Guistizia*, las ordenanzas de justicia, que no son otra cosa que una verdadera máquina de guerra contra la nobleza.

Desde ese día en adelante, ser noble equivaldría a una verdadera agravante en caso de delitos comunes. Ningún noble podría postular su elección a cualquiera de las magistraturas de la ciudad y, si en el ardor de las discusiones o de lo que fuera se dejaba arrastrar a actos de violencia contra un miembro del pueblo, entonces la represión y el castigo en que incurría podrían llegar a ser feroces. Con estas armas en la mano, la primera preocupación de Giano della Bella fue de orden espiritual, hacerse levantar la excomunión que pesaba sobre él desde la vecina Pistoya. Y lo consiguió.

La agitación popular y el odio contra la nobleza y los optimates no son exclusivos de Florencia por esos años. Toda Italia clama y arremete para obtener medidas contra los dueños de la tierra y de su producción. Hay agitaciones en Viterbo en el año 1281, en Bolo-
nia en 1289; en Parma las había habido en 1255, en Siena en 1262 y en Novara en 1277. En Florencia, en 1280 se prohíbe por ley que los grandes se eximan a sí mismos del pago de contribuciones sobre sus bienes raíces; se ordena una nueva tasación y se hace un nuevo catastro de los bienes muebles e inmuebles. En Florencia, la plebe sublevada ha exigido que se prohíba la exportación del trigo y del queso, que deben considerarse en adelante alimentos básicos. Tam-
bién en Florencia, en 1285 se impone a las familias de los grandes la obligación de rendir fianza pecuniaria previa ante la Comuna por todos aquellos destrozos que sus miembros mayores de edad puedan cometer eventualmente en una de esas tantas riñas callejeras que se producen incesantemente.

La precaución no era inútil, porque los grandes florentinos no quisieron soportar pacíficamente la opresión que para ellos signifi-
caban las ordenanzas de Giano. La ciudad resonó con el clamor de los tumultos y refriegas, en cuyo fuego soplaban los hombres del *popolo grasso*, burgueses enriquecidos con el comercio, pero que por su origen tenían mucho favor popular. Ya no referimos a la acción

política y al juego de balanza que practica el *popolo grasso*. Cuando no hay peligro se arrima a los grandes, porque envidia su buen nombre, quiere asimilar su refinamiento y compartir su prestigio; pero si se trata de mover las manos, sale a la calle con el pueblo menudo y lucha junto con él, pero quedándose después con los frutos de la victoria.

Giano quería verdaderamente reformar todas las instituciones y la vida misma de Florencia. Su acción lo llevó a chocar contra la corporación de los jueces —de quienes ya hablamos— a quienes acusó de ser prevaricadores, con lo que los convirtió en sus peores enemigos. Estalló un gran motín, y Giano, por temor de que la situación se hiciera demasiado violenta, trató de moderar al populacho. Entonces perdió el favor popular. Sus enemigos le intentaron un proceso y lo hicieron responsable de todos los excesos cometidos por sus seguidores. Ante el inminente estallido de una guerra civil, Giano prefirió quitarse de en medio y salir para Francia en marzo de 1295. Allí lo pasó muy bien, según parece, porque el ardiente campeón de los populares

*avvegna che con popol si rauni . . .*³⁰

era socio de las empresas bancarias de los Pazzi, y esas rentas le permitieron darse buena vida en Provenza.

Así terminó la aventura de Giano della Bella. Pero las ordenanzas quedaron.

Dante las acató y se inscribió en el *Arte de los Médicos y Boticarios*. No sabemos y ni mucho menos podemos imaginar que estuviese capacitado para ejercer el primer oficio o tuviese afición por el segundo, pero tampoco era obligatorio hacerlo.

En 1295 comienza la breve vida pública de Dante. Desde el 1º de noviembre de ese año hasta el 30 de abril del año siguiente, formará parte del Consejo de los Cien, asamblea popular de

³⁰"aunque sea que se junte con el pueblo". Part., xvi, 131.

Florenia. El 14 de diciembre de 1295 es llamado a formar parte de los Sabios o Prudentes y participa en un colegio para la elección de los Priors. En mayo de 1296 vuelve al Consejo de los Cien para deliberar acerca del presupuesto de entradas y gastos de la ciudad. Estará allí hasta septiembre de ese año. Son todas cosas de poca importancia y que no acarrear mayores complicaciones. Estas van a venir ahora.

Como ya dijimos, en 1296 el cardenal Caetani había sido elegido papa en reemplazo de Celestino v, el del "gran rifiuto". Los rumores y las sospechas llenaban todos los ámbitos de Italia.

El nuevo papa era hombre de gran inteligencia, de una energía indomable y de una ambición sin límites. Era rico tanto por parte de su familia como porque durante toda su vida había estado tratando de enriquecerse aún más. No tenía ninguna intención de seguir la política llena de contemplaciones de sus antecesores y desencadenó una formidable ofensiva, uno de cuyos objetivos sería Florenia, y su víctima más conspicua nuestro poeta.

Como la ofensiva comenzara a concretarse con una serie de maniobras que ponían en serio peligro la cohesión de la Liga Güelfa, de la que Florenia era la ciudad principal, Dante fue enviado en el mes de mayo de 1299 en compañía de otros ciudadanos para ver modo de impedir estas maniobras.

Florenia era güelfa y no gibelina más que por fidelidad al papa y a sus ideas políticas, como el medio, el mejor, de salvaguardar su independencia política, y la liga era el mejor instrumento con este fin. Sin el papa lograba destruir la Liga, quedaba destruida la base principal de la supremacía militar de Florenia en la Toscana y nada podría salvarla ya de caer en las redes de Bonifacio VIII.

Las presiones de Bonifacio VIII no eran externas únicamente. En los primeros días del 1300, los güelfos negros, adictos al papa, organizaron un complot contra los moderados, los llamados güelfos blancos y que eran los detentores del poder. La conspiración fue

descubierta y los conspiradores castigados duramente. El Colegio de Priors, que debía entrar en funciones a mediados de abril, recibió las más amplias atribuciones para defender la amenazada libertad de la ciudad. Un verdadero estado de sitio.

Para el *Calendimaggio*, el primero de mayo, nuevos grandes disturbios en que los provocadores trataron de explotar la algarabía y el desorden de la pagana festividad. Nuevo fracaso de los conjurados y nueva durísima represión. Bonifacio VIII, entonces, furibundo por tantos fracasos, envió a un mediador de las partes en discordia. En realidad, no había ninguna necesidad de mediadores, porque sólo había una facción rebelde que se sentía apoyada por el papa en sus pretensiones. El cardenal Mateo de Acquasparta fue el mediador; pero el verdadero fin de su viaje era tratar de volver a introducir a los partidarios del papa en el gobierno de la Comuna. Seis priores designados por sorteo eran los encargados por la ciudad de mantener el orden a toda costa, y el cardenal trató inútilmente de ganarlos a sus ideas. Entre ellos estaba Dante, y, probablemente, esto le fue fatal más adelante.

Estos seis priores habían entrado en funciones el 15 de junio de 1300 y debían seguir en ellas hasta el 14 de agosto. Fueron irreducibles en sus propósitos de mantener la independencia de la ciudad, mientras el papa, queriendo aprovechar la vacancia del imperio para sus fines, trataba de reafirmar su dominio sobre Florencia.

El 24 de junio del 1300, después de la solemne procesión de San Juan, se produjeron de nuevo violentos disturbios en la ciudad. El Colegio de los Priors tomó entonces una decisión de salomónica sabiduría. Desterró de Florencia a catorce de los más agitados revoltosos, siete *blancos* y siete *negros*. Entre los *blancos* estaba el gran amigo y protector poético de Dante, Guido Cavalcanti. Después los *blancos* fueron devueltos a Florencia y los *negros* permanecieron en el destierro. Pero Cavalcanti murió por unas fiebres que había contraído o que se le habían agravado en el destierro.

La ruina de Dante y la independencia de Florencia siguen desde

entonces en adelante el mismo rumbo acelerado. Bonifacio VIII está decidido a conseguir con la fuerza lo que no ha podido lograr con la astucia o con medios persuasivos. Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso de Francia, el mismo rey que lo hará afrentar vergonzosamente en Anagni pocos años después por sus sicarios, se presta para el cobarde cometido de doblegar el espíritu de independencia de la comuna florentina.

El gobierno florentino estaba seriamente preocupado por la presencia en Roma de Corso Donati. Este era el consejero del papa en lo tocante a intervenir en Florencia con medios y energías militares. Los hombres que tenían la responsabilidad del gobierno en Florencia pensaron con la mayor ingenuidad que tal vez sería posible hacer desistir a Bonifacio VIII de sus miras intervencionistas, y se decidió enviar a Roma una comisión de tres embajadores. Dante, que había estado formando parte de la asamblea de los Cien desde el primero de abril y cuyas dotes de elocuencia y patriotismo eran seguramente bien conocidas, fue incluido entre los tres designados. Fue su mayor desgracia.

Poco antes de la llegada de Carlos de Valois, que venía hacia Florencia disfrazado de angelical pacificador, emprendieron viaje a Roma los tres embajadores. Dante no volvería nunca más a poner los pies en su amada Florencia.

Bonifacio recibió cortésmente a los embajadores y despidió a dos de los tres con un viático de buenas palabras, pero a Dante, de quien seguramente tenía referencias como de un acérrimo enemigo de sus planes y temible adversario, lo retuvo con pretextos, tomándose así el tiempo de que las cosas precipitaran irremediablemente. Cuando lo soltó —porque ésa es la verdad— ya los acontecimientos habían tomado un rumbo fatal e irreversible. Los *negros* habían regresado a Florencia en el séquito del Valois y se habían apoderado de la ciudad contando con su ayuda.

El 27 de enero de 1302, Cante de' Gabrieli da Gubbio condenaba a Dante Alighieri junto con otros cuatro ciudadanos a dos años de

relegación, al pago de una multa de cinco mil florines chicos y a la interdicción perpetua de todo cargo público en la ciudad de Florencia, por ser reo, "según voz pública", de prevaricación, extorsión y otros delitos.

No habían pasado ni dos meses cuando el 10 de marzo se agravaba la inicua sentencia y se le condenaba en contumacia nada menos que a ser quemado vivo, si caía en manos de la Comuna. En 1303, nuevo decreto, que extiende la condena a los hijos de Dante para que sean desterrados y expulsados de su patria apenas cumplan los catorce años de edad. Delito: nada más que ser hijos de su padre, un rebelde.

En el exilio, Dante conoció el destino de los desterrados de todas las épocas:

*Tu proverai si come sa di sale
lo pane altrui, e come é duro calle
lo scendere e'l salir per l'altrui scale*⁸¹.

Se quejó amargamente, y puede ser que no con mucha justicia de la baja calidad moral de sus compañeros de destierro, de esos junto a los cuales trataba de encontrar apoyos en una campaña que les permitiera regresar.

A fines de 1303, su mortal enemigo, Bonifacio VIII, a quien en el *Infierno* reserva un castigo atroz y denigrante, después de tanta codicia y traiciones es traicionado a su vez y ultrajado. Tampoco él había comprendido a tiempo que en un mundo cambiado, en el que fuerzas nuevas están luchando para afirmar su poderío ya no había campo para principios y procedimientos como los de Gregorio VII o de Inocencio III. Con él se precipitaba en la ruina la teocracia papal,

⁸¹Experimentarás cuán salado es el pan ajeno, y qué empinada calle es subir y bajar ajenas escaleras.

Par., XVII, 58 y ss.

que nunca más volverá a levantar cabeza, y se afirmaba la nueva conciencia política europea.

Dante seguirá viviendo con sus sueños puestos en el pasado. En 1310, parecerá por breve tiempo que estos sueños cobran apariencia de realidad. El imperio romano, ese augusto fantasma que le obsesiona, pugna por reencarnarse en la figura de Enrique VII de Luxemburgo que aparece en las fronteras de Italia en busca de su coronación romana. Dante creía que Enrique VII venía a cumplir el destino providencial del pueblo romano destinado a regir los pueblos del mundo.

*Vieni a veder la tua Roma che piagne
vedova e sola, e dí e notte chiama:
Cesare mio, perché non m'accompagne?*³².

Era Enrique el príncipe que más y mayores esperanzas había suscitado entre los devotos de la idea imperial. Nunca esas esperanzas habían estado menos justificadas. En lugar de apaciguar las querrelas entre las facciones, muy luego y por la misma fuerza fatal de las cosas se convirtió en otro faccioso, y en lugar de resolver las contradicciones que destrozaban a la sociedad italiana, que armaban al poder civil contra la iglesia, las exacerbó hasta hacerles dar sus peores frutos de sangre, de odio y de muerte.

En la misma deseada Roma sufrió Enrique el primer fracaso. El pueblo lo aclamó emperador y los nobles le hicieron despiadada guerra. Roma se convirtió en un campo de batalla y entre la guerra civil que enrojece casas y calles con la sangre de hermanos, entre las ruinas de la basílica de San Juan de Letrán, Enrique recibe la corona imperial no de manos del pontífice, que está ausente, sino de dos

³²Ven a ver tu Roma que llora
viuda y sola, y llama día y noche:
oh César mío, ¿por qué no me acompañas?

Purg., vi, 112 y ss.

obispos que se prestan para la trágica comedia. Ya no hay más poder temporal de una iglesia que crea o destruye emperadores, pero tampoco habrá más sobre la tierra un Imperio Romano.

En 1313 moría Enrique VII y con él las últimas esperanzas de los gibelinos. Florencia decretará una amnistía para todos los desterrados, que ahora han dejado de ser temibles, pero excluirá de ella explícitamente a Dante por haber aconsejado a Enrique el castigo de la rebelde ciudad.

Nueva amnistía en 1315, cuando Florencia derrotada en Montecatini por Ugucione della Fagiuola, siente la necesidad de que todos sus ciudadanos vivan en paz y concordia. Las condenas a muerte son conmutadas por penas de relegación, bajo condición de que los beneficiados den las más amplias seguridades de quedarse tranquilos en los lugares que se les asignen. Dante, que no se considera culpable y por consiguiente rechaza todo perdón, ni siquiera se digna responder. La parte *negra* 'vuelve' a condenarlo a muerte, esta vez en compañía de sus hijos.

En la noche entre el 13 y el 14 de septiembre de 1321, en el castillo de su último amigo Guido da Polenta, cuyo embajador había sido en esa gran Venecia que ni una sola vez recordó en su poema —y se lo merecía— se apagó la luz del gran espíritu de Dante Alighieri.

*

"Poi che fu piacere de li cittadini de la bellissima e famosissima figlia di Roma, Fiorenza, di gittarmi fuori del suo dolce seno . . .".

"Ya que fue del agrado de los ciudadanos de la bellísima y famosísima hija de Roma, Florencia, arrojarme fuera de su dulce seno —en el cual, con buena paz de aquella, deseo con todo el corazón reposar el ánimo cansado y terminar el tiempo que me ha sido dado— por casi todas las partes a que se extiende esta lengua, peregrino, casi mendigando, he ido mostrando contra mi deseo las llagas de

la fortuna, que suelen injustamente ser imputadas muchas veces al llagado”.

*Se mai continga che 'l poema sacro
al quale han posto man e cielo e terra
.
vinca la crudeltá che fuor mi serra
del bello ovile ov'io dormi agnello*³³.

Son expresiones éstas todas de la dolorosa y amarga nostalgia, del *dolor del retorno* —y tal vez nunca la palabra ha sido empleada mejor que para referirse al dolor de Dante— que lo afligió desde el aciago día del destierro hasta el último aliento de su vida. Dante deseó más que cualquiera otra cosa de su vida regresar a su ciudad. Pero quiso volver inocente y no como un criminal al que se concede como una gracia una exigencia abyecta.

Dice Dante que en su poema habían puesto sus manos el cielo y la tierra, y podemos interpretar con perfecto derecho su afirmación en el sentido de que la *Commedia* es el testimonio más completo de la vida política de Florencia y del sentimiento religioso de Dante y de su época.

Dos son los fines supremos del hombre, y lo que se haga para conseguirlos justifica sus acciones: una misión trascendental, su deber de aspirar a la salvación y a la vida eterna, y su libertad, su capacidad de obrar como sujeto libre, de decidir, de gobernarse a sí mismo, de ser responsable de su propia conducta y del gobierno del mundo.

³³Si llega a suceder que el poema sagrado
en que han colaborado cielo y tierra
.
venza la crueldad que me mantiene fuera
del hermoso redil en que dormí siendo cordero

Par., xxv, 1-2, 4-5.

Son dos esferas autónomas, ninguna de las cuales puede primar sobre la otra. De la primera son dueñas la fe, la revelación y la esperanza de un vida eterna e incorruptible. La segunda se hace mediante la razón, la prueba de los hechos y la libre voluntad.

Vivir en sociedad es un bien del cual el hombre tiene derecho a gozar; siempre que sus acciones hayan estado ajustadas a un canon moral e intelectual de razón y virtud, *virtude e conoscenza*. De la vida trascendental el hombre no es agente, no es árbitro ni es dueño, como tampoco es capaz de conocerla en su esencia inefable, pero será su herencia inmortal porque para ella ha sido creada, si actúa de acuerdo con su naturaleza humana y no con la de los brutos.

Razón, ciencia, buen gobierno del mundo, virtud, fe y vida eterna son en el pensamiento de Dante aspectos y finalidades distintas de la naturaleza humana.

Dante, en quien ya comienzan a apuntar los valores del Renacimiento, pone con entusiasmo el acento sobre el valor de la persona humana. En su poema está honrado Virgilio, *l'altissimo poeta*, su guía en una parte de su viaje ultraterreno; Aristóteles es el maestro *di color che sanno*; Catón es puesto a las puertas del Purgatorio como un testimonio de la especial justicia de Dante y de su admiración por un pagano virtuoso. Hasta Séneca, a quien habría debido condenar como a tantos otros por su avidez de dinero, está en el limbo, junto con los grandes espíritus de la antigüedad pagana.

Nadie puede alentar dudas acerca de la insospechable ortodoxia de Dante, y mucho menos acerca de la firmeza de su fe y de sus convicciones. Nada hay tampoco en la relación que establece entre lo natural y lo sobrenatural que se oponga a lo que sobre el mismo argumento establecieron los teólogos de la cristiandad. Sin embargo, sería aventurado decir que están todos en una misma posición, pues Dante se distingue por ese optimismo entusiasta con que atribuye un valor autónomo a la felicidad terrena, y su firme convicción de que el hombre es capaz de vivir conforme a la virtud.

Si hubiera que bosquejar algo como una historia del pensamiento teológico acerca de la doctrina del pecado original, se podría trazar una línea entre el extremo rigor del pensamiento de San Agustín, que estima al hombre totalmente corrompido y degradado por el pecado original, hasta Dante, que llega a negar que la naturaleza humana sea algo corrompido:

. la mala condotta
è la cagion che'l mondo ha fatto reo,
e non natura che 'n voi sia corrotta³⁴.

Las dos esferas de la actividad humana se materializan según el pensamiento de Dante en dos instituciones históricas: la Iglesia Romana y el Imperio Romano. La Iglesia debe tutelar los intereses ultraterrenos del hombre, y el Imperio debe cuidar todo lo que se refiere al buen gobierno. De la actuación independiente de cada una de estas instituciones dentro de la esfera que le es propia, sin que una trate de sojuzgar a la otra, depende el que haya o no *buena conducta* en el mundo, en caso contrario tendremos *mala condotta* y el mundo y el hombre serán reos.

Para Dante el mundo de su época, y especialmente Florencia, es reo; son reos los papas simoníacos, que, por afán de poder y de riquezas se han entrometido en los asuntos terrenales, en el gobierno de los pueblos. Esa es para Dante la simplista explicación de la grave crisis política de su época.

Dante creía que una restauración del Imperio habría reafirmado los valores conculcados, y no veía que ese imperio se había convertido en un fantasma, en un aparecido, en una fórmula hueca con gratas resonancias sentimentales para un erudito, pero que política-

³⁴ la mala conducta
es la causa que al mundo ha hecho reo
y no una naturaleza corrompida.

Purg., xvi, 103 y ss.

mente ya había perdido toda capacidad de operar como agente histórico. No vió, como tampoco había visto su terrible enemigo, Bonifacio VIII, que el poder temporal de los papas medievales también era otro espectro del pasado y que, si bien conservaba energías suficientes, como las conservó por mucho tiempo más para oponerse a las autonomías o a la unidad italiana, en esos años sus mismas maniobras políticas lo estaban precipitando a caer en manos de un monarca extranjero, es decir, no italiano.

Tampoco vió Dante la grandeza en ciernes de su amada ciudad. La hubiera querido siempre quieta y recogida a la sombra del campanario de la Badía, encerrada a perpetuidad dentro del segundo cerco de murallas, sin luchas políticas, rigiéndose siempre por las mismas leyes, viviendo su gente con la misma parsimonia y austeridad de antaño, con los mismos apellidos de cien años antes. En esto lo superó, y con mucho, Boccaccio, que fue el primer italiano que lo comprendió a él plenamente, y también comprendió la grandeza de esa clase nueva de mercaderes y empresarios activos, ágiles, finos, sutiles, de penetrante inteligencia para tratar un negocio y de seguro gusto para estimar la belleza de una tela, de un paño, de una joya o de una estatua. ¿Mayor inteligencia de Boccaccio? Tal vez sólo menos compromisos partidarios.

Vió Dante el dolor de la Italia de su época, pero lo vió esencialmente como un hecho político: como fragmentarismo y carencia de independencia y de dominio, vacancia de leyes y de gobierno. No vió la grandeza de los mercaderes burgueses como tampoco vió el sufrimiento de esa plebe florentina que estaba construyendo esos maravillosos palacios de aéreas líneas y preparaba el decorado para el Quattrocento espléndido y elegante. No lo vió y tampoco podía verlo. En esa época sólo lograban verlo algunos santos. No todos.

Empecinado en su adoración del fantasma imperial no comprendió nunca que sus compatriotas florentinos no querían saber nada ni de papas ni de emperadores, pero que, si los obligaban a elegir, entonces preferían mil veces entenderse con el papa, que era italiano

como ellos y representaba una continuidad religiosa e institucional con la cual era posible y hasta conveniente encontrar términos de acuerdo. Nada significaba, en cambio, un emperador tudesco, interesado en Italia únicamente por esa apariencia de sagrada investidura que confería la infeliz y envilecida Roma de fines de la Edad Media, desgarrada por luchas facciosas y cuyos príncipes, que más parecían bandidos, al igual que los habitantes sólo deseaban esquilmar a los peregrinos de los jubileos y explotar las indulgencias.

No es aventurado decir que de esta incomprensión nació su fracaso de político circunstancial que lo precipitó a la ruina y lo convirtió de uno de los tantos rimadores del *dolce stil nuovo* que habría podido ser, en el titánico autor de la *Commedia*, el monumento más grande de la literatura de Italia, en el poeta que le dió a su vulgar toscano las patentes de nobleza que lo convirtieron en la lengua culta y universal de los italianos, en el *tesoro* de la sabiduría popular, en el último de los gigantes italianos medievales, en el primer heraldo del Renacimiento, en uno de los tantos fracasados políticos que no hacen historia, en un genio inmortal que cierra una época de la historia e inaugura la siguiente.

